

piensan más que en sí mismos; no tienen más ambición que de lujo, más pasión que del oro. ¿Qué les importa el señor á que obedecen, el Estado cuyas leyes observan? Con tal que encuentren dinero que robar y mujeres que corromper, en todas partes están en su país (1). *Rousseau* no admite que se pueda ser á la vez patriota y cosmopolita; no pudiendo conciliar ambos sentimientos, da la preferencia al que le parece más natural y más útil para el Estado (2). «Es positivo que los mayores prodigios de virtud han sido producidos por el amor de la patria. Hé ahí por qué *Rousseau* ensalza á los Griegos y á los Romanos á costa de los pueblos modernos: «Cuando se lee la historia antigua, dice, se cree uno transportado á otro universo y entre otros seres» (3).

Es inútil insistir para probar el error de *Rousseau*; lo que dice de las virtudes de Esparta es un cuadro de imaginación. Es cierto que los antiguos concentraban al hombre en la ciudad, mejor dicho, le absorbían en la patria. También es verdad que el patriotismo exclusivamente desarrollado produjo acciones brillantes que pueden producir ilusiones acerca de las virtudes de los Griegos y de los Romanos. Pero para juzgarlos no debemos fijarnos en los Leonidas y en los Decios, es preciso ver en qué viene á parar aquél amor de la patria que parece tan sublime. Ahora bien, si, dejando á un lado la poesía, se considera la realidad de las cosas, se adquirirá el conocimiento de que la virtud que se celebra fué el principio de la decadencia de la antigüedad. Limitando todas las afecciones del hombre á la patria, el legislador daba una lección de egoísmo, que aprendieron demasiado bien los ciudadanos. Los descendientes de los Leonidas fueron propietarios egoístas, ricos que no pensaban más que en acumular bienes para procurarse todos los goces de la vida. En Roma, los vicios del antiguo mundo tomaron un desarrollo gigantesco. La

(1) *Emilio*, lib. I.—*Discurso sobre las ciencias y las artes*.—*Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, c. II.

(2) «Parece que el sentimiento de humanidad se evapora y se debilita al extenderse sobre toda la tierra, y que no podemos condolerlos de las calamidades de la Tartaria y del Japón como de las de un pueblo europeo. Es preciso limitar, en cierto modo, y comprimir el interés y la conmiseración para darles actividad. Ahora bien; como esta inclinación nuestra no puede ser útil más que para aquellos que viven con nosotros, es conveniente que la humanidad concentrada entre los conciudadanos tome en ellos una nueva fuerza por el interés común que á todos los une.»

(3) *Discurso sobre la economía política*.—*Gobierno de Polonia*, c. II y IV.

antigüedad acabó por perecer bajo la influencia de esa pasión disolvente que, después de haberlo subordinado todo á la patria, lo subordinó todo al individuo.

No es este ciertamente el modelo que *Rousseau* quería dar á los pueblos modernos. Lo que reprueba en el cosmopolitismo es la hipocresía de la humanidad; en cuanto al verdadero amor á los hombres, nadie lo ha predicado con más fe que él. Su *Emilio* está lleno de estas exhortaciones: «Enseñad á vuestro discípulo, dice, á amar á todos los hombres, y aun á aquellos que los desprecian; hablad delante de él del género humano con ternura y hasta con piedad, pero nunca con desprecio.» *Rousseau* ve muy bien que el amor de los hombres, para no degenerar en egoísmo, debe traspasar el reducido círculo de la familia, de la ciudad, de la nación: «Cuanto menos próximo á nosotros esté el objeto de nuestros cuidados, menos es de temer la ilusión del interés particular; cuanto más se generalice este interés, más equitativo se hace, y el amor al género humano no es en nosotros otra cosa que el amor á la justicia.» Los antiguos desarrollaron el ciudadano á expensas del hombre; sin embargo, el hombre es, ante todo, objeto de la educación y de la legislación; «Desatando los nudos que me sujetaban á mi país, dice *Rousseau*, me extendía por toda la tierra y me sentía más hombre dejando de ser ciudadano.» Hé aquí los sentimientos del siglo XVIII, que son seguramente superiores á la virtud antigua: «Me amo demasiado á mi mismo, dice el autor de las *Reveries*, para poder odiar á nadie. Esto sería estrechar, comprimir mi existencia, y yo quisiera extenderla más bien por todo el universo. Siento éxtasis, arrobamientos inexplicables al fundirme, por decirlo así, en el sistema de los seres, al identificarme con la naturaleza entera.»

El verdadero pensamiento de *Rousseau* es, pues, que el amor á la humanidad no nos haga olvidar los deberes que tenemos que cumplir con respecto á la patria. Si insiste más sobre ese amor es porque el cosmopolitismo vulgar amenazaba hasta la existencia de las naciones, representando el patriotismo como una preocupación digna de ser rechazada por un siglo ilustrado. Federico II, al leer semejantes atrocidades en los libros que se le enviaban de París, tomó la pluma y defendió enérgicamente en las *Cartas de Philopatros* un senti-

miento sin el cual no hay Estado, ni, por consiguiente, sociedad humana. Su corresponsal *d'Alembert*, uno de los jefes del movimiento filosófico, aplaudió la obra del regio escritor, y solamente protestó contra una acusación que parecía atacar á la filosofía: sostuvo que los malos libros en que se calificaba de quimera una afección tan legítima, el patriotismo, no eran obra de un verdadero filósofo (1).

III

Hay, pues, dos sentimientos igualmente naturales, cada uno de los cuales tiene su legitimidad: el amor á la patria y á la humanidad. Es necesario conciliarlos; no se debe exagerar uno de ellos á expensas del otro. Pero ¿es posible esta conciliación? Un hombre que encerraba en su corazón todo el amor de que es capaz el corazón humano se ha preocupado de esta dificultad. Creemos que *Fenelón* ha dado la verdadera solución del problema que *Rousseau* declara insoluble: «Debemos más á nuestra familia, dice, que á los extranjeros. Debemos más á nuestra patria, en cuyo seno hemos sido educados y protegidos desde nuestra infancia, que á cualquiera otra sociedad de hombres. Pero cuando se trata del bien particular comparado con el bien general, se debe preferir siempre el segundo al primero. No es lícito conservarse arruinando á su familia, ni engrandecer á su familia perdiendo la patria, ni buscar la gloria de su patria violando los derechos de la humanidad.» Bajo este punto de vista aprecia *Fenelón* á los Espartanos; lo que dice de ellos responde de antemano á las declamaciones elocuentes del siglo XVIII: «Los Lacedemonios han abandonado todas las artes pacíficas, para no reservarse más que la de la guerra; y como la guerra es el mayor de los males, no saben más que causar males, desdeñan todo lo que no es la destrucción del género humano y todo lo que no puede servir á la gloria brutal de un puñado de hombres que se llaman los Espartanos. Otros hombres tienen que cultivar la tierra para alimentarlos, mientras que ellos se reservan para devastar y despoblar las tierras inmediatas» (2).

El cosmopolitismo presenta otro peligro más.

(1) *Correspondencia de d'Alembert y de Federico II* (Obras, tomo XVIII, p. 220, 225).

(2) *FENELÓN*, *Ensayos sobre el gobierno civil*.—*Diálogos*, XII.

Tiende á reducirlo todo á la unidad, y á fuerza de ver la unidad, pierde de vista la variedad. Esto es mutilar la creación, que se distingue precisamente por una diversidad infinita, sin que esta diversidad impida una unidad superior. Cuando *Lessing* dice que no sabe lo que es patria, cuando *Wieland* imagina que los hombres formarán una inmensa sociedad, sin distinción de naciones, destruyen, sin pensarlo, uno de los elementos de la vida, fuente principal de la misma, la individualidad. Es el panteísmo aplicado á las relaciones sociales, y el panteísmo político es tan falso como el panteísmo religioso. Afortunadamente es más fácil de combatir: basta atrir los anales del género humano, y en cada página se ven escritas las leyes que Dios le ha dado. Si ha dotado á las diferentes naciones de facultades diversas, es sin duda porque cada una tiene su misión en la obra de la humanidad. No nos asustemos por las oposiciones á que esto da lugar. El que las ha creado sabrá reducir las á la unidad. Regocijémonos más bien, dice *Herder*, como el sultán Solimán, de que en esta pradera esmaltada de la tierra haya tantas flores y tantos frutos diversos. ¿No es más bella esta rica variedad que una fastidiosa uniformidad? Esto no impide que *Herder* entrevea en el porvenir la unión de los pueblos, pero no los ve encadenados en una unidad artificial que mata la vida en lugar de desarrollarla. La gloria del filósofo alemán consiste en haberse atrevido, aunque cristiano, á sacar las consecuencias de tan elevada concepción hasta en la esfera de la religión. Espera que la misma fe unirá un día á todos los hombres; pero no quiere que se impongan á todos los pueblos los mismos usos, las mismas ceremonias, el mismo culto: quiere la variedad en la unidad (1).

§ II.—La guerra á los conquistadores.

N.º 1.—*El amor á la humanidad*.—*Voltaire*.

I

El conde de *Maistre* dice de *Voltaire*: «Suspensión entre la admiración y el horror, á veces quisiera hacerle levantar una estatua por mano del ver-

(1) *HERDER*, *Blikke in die Zukunft für die Menschheit*, números 15, 16.—*Zur Philosophie der Geschichte*, VII, 5.—*Briefe zur Beförderung der Humanität*, XXIX.

dugo., Hoy parece que se toma en serio esta horrible ocurrencia, y se ha hecho de moda rebajar y condenar á uno de los más grandes genios de los tiempos modernos. Esta reacción contra Voltaire proviene, en la mayor parte de sus detractores, de un odio ciego á la filosofía del siglo XVIII; á éstos no hay que decirles nada, sino compadecerlos, porque la pequeñez de su alma les impide disfrutar de lo que hay de bello y grande en las obras del genio, cuando profesa otra fe distinta de la pequeña secta á que pertenecen. Hay otra clase de adversarios del gran crítico, aquellos á quienes cuesta trabajo comprender que haya combatido con tanto encarnizamiento, no solamente al cristianismo, sino toda religión. En otra parte diremos que esta acusación es exagerada. Voltaire no atacó á toda religión; fué, por el contrario, defensor de la religión natural contra los materialistas de su tiempo, que no faltaban. Nosotros creemos que los hombres verdaderamente religiosos pueden reconciliarse con el enemigo jurado de Cristo, si consideran que su incredulidad no era más que aparente; en el fondo tenía más fe que los católicos del siglo XVIII y que los de nuestros días. Su religión es el amor de la humanidad: él es gran sacerdote de este culto y nunca le ha habido más puro.

En la primera carta que escribe Voltaire al príncipe real de Prusia, dice "que siempre ha tenido en el corazón amor al género humano, y que se atreve á decir que este amor constituye su carácter." En otra parte dice que, "á ejemplo del gran Fenelón, ha abrazado á todos los hombres en su espíritu de tolerancia, en su celo y en su amor," (1). Hé aquí palabras que no serían indignas de un discípulo de Cristo. Más aún: superan á los sentimientos pequeños de la inmensa mayoría de sus sectarios, que ni siquiera comprenden la caridad infinita del que adoran como Dios. Los testimonios de sus contemporáneos prueban que el carácter de Voltaire es tal como lo dice. Federico II le escribe: "Todo un mundo respirará bien pronto ese amor del género humano que vuestro benéfico impulso ha hecho germinar en él." Catalina II le llama el *abogado del género humano* (2). Un hombre de genio, inspirado en el mismo amor, á pesar de su desconsoladora filosofía, dice que Voltaire debe

(1) *Un cristiano contra seis judíos*, XXI.

(2) *Carta de Federico á Voltaire*, del 9 de Septiembre de 1746. — *Correspondencia de Voltaire á Catalina II*, 1766, núm. 7.

su éxito principalmente á los sentimientos de humanidad que ha propagado con sus escritos y al poder que éstos ejercen sobre las almas (1). *Condorcet* es el órgano de la verdad cuando dice que se puede contar á Voltaire entre el pequeño número de hombres en quienes el amor á la humanidad ha sido una verdadera pasión (2).

Estas palabras de *Condorcet* valen más que un elogio académico. La academia que tuvo la gloria de contar en su seno á Voltaire le negó un elogio, pero la posteridad se ha encargado de hacerle. Por más que pequeños folletistas se ensañen con el gigante literario del siglo XVIII, todos los espíritus elevados se declaran por él. *Quinet* dice que Voltaire fué la palabra viva de la humanidad en el siglo XVIII. *Leroux*, que sobre las ruinas amontonadas alrededor de él y por él, sobre los restos de toda religión positiva, Voltaire encontraba á veces en su corazón la religión indestructible: la llamaba la *humanidad*, (3). Citemos también el testimonio de un cristiano. *Bordas Demoulin* dice que, "si se considera la existencia entera de Voltaire, parece inexplicable sin la pasión á la humanidad. Cuando precipitándose sobre las manos de Turgot exclama: *Dejadme besar esa mano que ha firmado la salvación del pueblo*, ¿por qué no ha de ser ésta la voz del alma y de la verdad?" (4).

Voltaire estaba á la cabeza del partido de los filósofos. Hay, pues, una filosofía de Voltaire. Aunque desdeñada por los sabios de profesión, vale tanto como los escritos de éstos. La inspira el sentimiento de humanidad. Siguiendo las huellas de Leibnitz, Bolingbroke y Pope enseñaron que el orden de la naturaleza es perfecto en sí mismo, que la condición del hombre es la que debe ser, que disfruta de la única cantidad de felicidad de que es susceptible. Voltaire no quiso creerlo; escribió su *Cándido*, escribió su poema sobre Lisboa, escribió veinte obras contra el axioma de que todo está bien. Le dolían los males de la humanidad, y rechazó una filosofía que parecía legitimarlos y eternizar-

(1) *DIDEROT, el Hijo natural*.

(2) "El fué el primero que presentó el ejemplo de un simple ciudadano que abrazaba en sus miras y en sus trabajos todos los intereses del hombre, en todos los países y en todos los suelos, sublevándose contra todos los errores, contra todas las opresiones, defendiendo y difundiendo todas las verdades útiles. La historia de cuanto se ha hecho en Europa en favor de la humanidad es la de sus trabajos y sus beneficios."

(3) *QUINET, el Ultramontanismo*, loc. VII. — *LEROUX, de la Humanidad*, dedicada á Beranger.

(4) *BORDAS DEMOULIN, Misceláneas filosóficas*, p. 520.

los. Su filosofía propia es la lucha incesante contra el mal bajo todas sus fases.

Á fines del siglo XVIII todavía subsistía la servidumbre en varias provincias, particularmente en el Franco-Condado, en el territorio del convento de San Claudio. Las quejas de los oprimidos encontraron apoyo en Voltaire. Escribió memoriales, súplicas, instancias innumerables. Citemos algunos títulos que demuestran el celo que empleaba en la defensa de los desgraciados: "*Al rey, en su consejo, por los súbditos del rey que reclaman la libertad en Francia contra los monjes benedictinos que se han convertido en canónigos de San Claudio, en el Franco-Condado.*—*La voz del cura sobre el proceso de los siervos del monte Jura.*—*Costumbres del Franco-Condado. Sobre la esclavitud impuesta á los ciudadanos por una antigua costumbre.*—*Súplica de los siervos de San Claudio al señor canceller.*—*Memoorial al rey por los siervos de San Claudio.*—*Extracto de una memoria para la completa abolición de la servidumbre en Francia.*—*Cartas del reverendo padre Policarpo, prior de los bernardinios de Chezery, al abogado general Seguier, en favor de la abolición de la servidumbre.*—*Otra carta de un benedictino del Franco-Condado al mismo magistrado.*" Voltaire desplegaba esta actividad en una edad muy avanzada, pocos años antes de su muerte. ¿Qué ancianos se interesan tanto en la felicidad de sus semejantes? Insiste también sobre el mismo asunto en su *Comentario al Espíritu de las leyes*; dirige á Luis XVI una solicitud para la emancipación de los siervos: nunca se ha enviado á un monarca una petición más bella (1).

Sabida es la barbarie de la justicia criminal en el siglo XVIII. Nuestras leyes seguirían aún manchadas con el tormento y todas las crueldades imaginadas por los verdugos si se hubiese esperado que los legistas tomaran la iniciativa de la reforma. Tan duros como los verdugos, creen que una cosa es necesaria por el mero hecho de que se practica. Ha sido necesario que los literatos hablaran

en nombre de la humanidad. Voltaire puso al servicio de tan noble causa aquel talento prodigioso que tenía más poder que toda la ciencia de los sabios. Quiere conseguir la abolición de los suplicios refinados, y escribe: "Preciso es que en cierto pueblo sea una diversión muy agradable matar á su prójimo con toda ceremonia, como dice Boileau, y hacerle sufrir tormentos espantosos. Estos pueblos habitan á los cuarenta y nueve grados de latitud: precisamente la situación de los Iroqueses; esperamos que algún día se civilizarán," (1).

En otra parte, pidiendo la abolición del tormento, cita el ejemplo de la emperatriz de Rusia, para avergonzar á Francia: "¡Ay de la nación que, llevando mucho tiempo de civilización, se dirige todavía por antiguos y atroces usos! ¿Para qué cambiar nuestra jurisprudencia? dice. Europa se sirve de nuestros ebanistas, de nuestros sastres, de nuestros peluqueros; luego nuestras leyes son buenas." Á pesar de su tono burlón, Voltaire encuentra nobles palabras para condenar los abusos de la justicia penal. En la *Relación de la muerte del caballero La Barre*, exclama: "¡Qué horrible crimen contra la justicia pronunciar una sentencia por política, y sobre todo una sentencia de muerte! ¿No debería ser el procedimiento criminal tan favorable para el inocente como terrible para el culpable?" En Inglaterra, una simple prisión hecha con injusticia es reparada por el ministro que la ha ordenado; en Francia, el inocente á quien se mete en un calabozo, á quien se aplica el tormento, no puede esperar ningún consuelo, no puede reclamar contra nadie, queda manchado para siempre entre la sociedad. ¡El inocente manchado! Y ¿por qué? ¿por qué sus huesos han sido quebrantados? La indagación de los crímenes exige rigor. Es una guerra que la justicia humana hace á la maldad; pero cabe generosidad y compasión hasta en la guerra. El valiente es compasivo. ¿Por qué el hombre de ley ha de ser bárbaro?" (2).

Voltaire olvidaba su gloria literaria por defender los grandes intereses de la humanidad, y no se limitó á defenderlos en teoría. ¿Quién no conoce sus generosos esfuerzos en favor de los Calas, los Sirven, La Barre, Lally? Menos conocido es el profundo interés que tomaba por la suerte de aquellas

(1) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Suplicio*.

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Tortura*.—*Siglo de Luis XV*, c. XLII.

víctimas de la justicia. Es creencia muy general que en Voltaire el ingenio eclipsaba al alma. Ábrase su correspondencia, y se verá que el amor de la humanidad era su pasión, mejor dicho, su religión: "Voltaire, dice Condorcet, no conocía más, á lo que parece, que una gloria, la de arrancar víctimas á la opresión.", El asunto de los Calas le ocupó más de tres años: "Durante todo aquel tiempo, dice, no se me ha escapado una sonrisa sin que yo mismo me la haya echado en cara como un crimen.", Sus amigos se quejaban de que se preocupaba exclusivamente de aquellos asuntos judiciales: "Me preguntáis, escribe al conde de Argental, por qué me intereso tanto por los Calas; os contestaré que porque soy hombre", (1). En su *Carta á Damilaville sobre los Calas y los Sirven*, se lee: "Os diré que mientras el desastre asombroso de Calas y Sirven afligía mi sensibilidad, un hombre cuyo estado adivinaréis por sus razones me criticó el interés que me tomaba por dos familias que me eran extrañas. ¿Qué os importa? me dijo; dejad que la muerte se lleve sus muertos. Yo le respondí: He encontrado en mis desiertos al Israelita bañado en su sangre; permitid que lave sus heridas con un poco de aceite y de vino. Vos sois levita, dejadme ser samaritano.",

El asunto de los Sirven encendió en él un santo entusiasmo: "Este asunto, escribe, agita toda mi alma; las tragedias, las comedias no son ya nada; el tiempo pasa con demasiada lentitud; quisiera que la memoria de Elías Beámont (el defensor de los Calas y de los Sirven) estuviese ya publicada y resonara en toda Europa. Se la enviaría al mufti y al gran Turco si supieran el francés. Los golpes que se dan al fanatismo deberían propagarse de un confín al otro de Europa.", Solicitó á todos los príncipes de ella para conseguir socorro para los Sirven: "El asunto interesaba á todo el género humano, y en su nombre se dirigió á ellos.", La ejecución del caballero de La Barre causó á Voltaire profundo dolor: "*Homo sum*, dijo, y esto basta para justificar mi aflicción", (2). Su corazón latía por la humanidad desde su infancia: "Lloraba á la edad de diez y seis años, dice, cuando me contaban que habían quemado en Lisboa á una madre y á su hija por haber comido en cuaresma un

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire*.—*Correspondencia general* de 1761, núm. 2110.

(2) *Correspondencia general*, 1766, números 2803, 2862, 2907.

poco de cordero cocido con lechugas. La inocencia oprimida me entenece, la persecución me indigna. Cada vez me hierve más la sangre; siempre tengo fiebre el 24 de Agosto: cómo sabéis, es el día de San Bartolomé; pero desfallezco el 14 de Mayo, en que el espíritu de la liga asesinó á Enrique IV por mano de un reverendo padre fuldense", (1).

Las almas caritativas que persiguen con su odio á Voltaire dirán que si desplegó tanto celo en su defensa de los Calas, de los Sirven y de los Barre, es porque había por medio pasiones religiosas. Aun cuando no hubiese combatido la intolerancia, la humanidad debería estarle eternamente reconocida; pero no es así. Poco le importaba quién fuese el opresor; bastaba que hubiese un oprimido para que Voltaire se conmoviese. Estaba moribundo cuando fué revocada la sentencia que condenaba al general Lally; sus fuerzas se reanimaron y escribió al conde de Lally. "El moribundo resucita al saber esta gran noticia; ve que el rey es el defensor de la justicia, y morirá contento.", Estas fueron las últimas palabras que trazó la mano que por tanto tiempo había defendido la humanidad y la justicia (2).

No es, pues, una vana palabra este verso de Voltaire: "*J'ai fait un peu de bien, c'est mon meilleur ouvrage* (he hecho un poco de bien, y esta es mi mejor obra).", Los contemporáneos, el pueblo principalmente, le han venerado por su amor á la humanidad. Recordemos la ovación con que fué acogido cuando vino á París en 1778, algunos meses antes de su muerte. Asistió á la representación de una de sus tragedias, y su busto fué coronado en el teatro en medio de aplausos, de gritos de alegría, de lágrimas de entusiasmo y de ternura; al salir, la multitud le llevó, como en triunfo, á su casa, y le siguió hasta sus habitaciones, gritando: ¡viva Voltaire! Se arrojaba á sus pies y besaba sus vestidos. Aquel homenaje, dice un testigo ocular, no era á su poder, sino al bien que había hecho. Un gran poeta no hubiera conseguido más que aplausos; las lágrimas se derramaban por el filósofo que había vengado la causa de la humanidad. Un día que le rodeaba la multitud en el Puente Real preguntaron á una mujer quién era aquel hombre á quien elogiaban tanto: "*¿No sabéis*, dijo

(1) SISMONTI, *Hist. de los Franceses*, t. XVII, p. 194.

(2) *Correspondencia general*, 1778, números 45, 115.—CONDORCET, *Vida de Voltaire*.

ella, que es el salvador de los Calas?", (1).

II

Si Voltaire no hubiera escuchado más que á sus sentimientos, habría debido participar de las ideas del abad de Saint-Pierre. Sus escritos están llenos de ataques á la guerra; dice incesantemente en prosa y en verso que el hombre no ha nacido para matar á sus semejantes (2), que ha nacido para amarlos (3). La caridad debería hacer de todos los pueblos una sola familia (4).

Voltaire rechaza con todas sus fuerzas la blasfemia de Hobbes, de que la guerra es el estado natural de la humanidad: "Si así fuera, dice, los hombres se degollarían, hace mucho tiempo que no existiríamos, nos hubiera sucedido lo que sucedió á los hombres nacidos de los dientes de la serpiente de Cadmo; se batieron, y no quedó ninguno. Si el hombre hubiera nacido para matar y para ser matado, realizaria necesariamente su destino, como realizan el suyo los buitres comiéndose nuestros pichones, y las alimañas chupando la sangre de nuestras gallinas", (5).

Si la guerra no está en la naturaleza del hombre, ¿qué es, pues? Un crimen, responde Voltaire;

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire*.

(2) *Je ne crois pas que la nature humaine soit... des mains du créateur Pour insulter ainsi à l'éternel bienfaiteur, Pour montrer tant de rage et tant d'extravagance. L'homme avec ses dix doigts, sans armes, sans défense, N'a point été formé pour abréger des jours Que la nécessité rendait déjà si courts.*

«No creo que la naturaleza humana saliera... de las manos del Creador para insultar de este modo á su eterno bienhechor, para mostrar tanta rabia y tanta extravagancia. El hombre, con sus diez dedos, sin armas, sin defensa, no ha sido creado para abreviar la vida, ya por necesidad escasa.»

(3) *L'homme n'est pas né pour égorger ses frères; Il n'a point des lions les armes sanguinaires. La nature en son cœur a mis la pitié. De tous les animaux, seul il répand des larmes. Il naquit pour aimer...*

«El hombre no ha nacido para degollar á sus hermanos, no tiene las armas sanguinarias del león. La naturaleza ha puesto la piedad en su corazón. Es el único animal que derrama lágrimas. Ha nacido para amar...»

(4) *De l'Inde aux bornes de la France Le soleil, en son vaste tour, Ne voit qu'une famille immense, Que devalait gouverner l'amour. Mortels, vous êtes tous frères: Jetez ces armes mercenaires.*

«En su vasta carrera desde la India hasta Francia, el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor. Mortales todos, sois hermanos; arrojad esas armas mercenarias.» — VOLTAIRE, *Sátiras, la Táctica*. — *Odas*, XVIII, VIII.»

(5) *Diálogos*, XXIV, Conferencias 3.ª y 11.ª

y da esta respuesta escribiendo el *Elogio fúnebre de los oficiales muertos en 1741*: "Débiles é insensatos mortales, razonamos tanto acerca de nuestros deberes y hacemos resonar incesantemente nuestros templos con nuestras quejas y nuestras condenas... ¿Qué voz encargada de predicar la virtud se ha levantado nunca contra ese crimen tan grande y tan universal, contra ese furor destructor que convierte en fieras á los hombres nacidos para vivir como hermanos, contra esas crueldades que hacen de la tierra una caverna de bandidos, un inmenso sepulcro?",

Se creería que la consecuencia forzosa de esta doctrina es la alianza de los pueblos y la paz perpetua. Voltaire parece á veces participar de las mismas ideas que el abad de Saint-Pierre. Escribe á Federico que siempre ha esperado la paz perpetua, como si fuera un bastardo de Saint-Pierre (1). Pero si Voltaire aplaudía ingenuamente los proyectos de paz perpetua, su buen juicio le hacía ver todo lo que tenían de impracticables los que hasta entonces se habían formado. El *gran proyecto* que Sully atribuye á Enrique IV le parece una broma (2). Voltaire critica "la paz imaginada por Saint-Pierre", quimera que no se realizará entre los príncipes como no se realiza entre perros y gatos. "Los animales carnívoros se devoran siempre que tienen ocasión.", Cuando Rousseau publicó el proyecto del buen abad, Voltaire escribió su *Rescripto del emperador de la China*: "Para asegurar mejor la obra de la paz perpetua, reuniremos á nuestro santo padre el gran lema, nuestro santo padre el gran da'ri, nuestro santo padre el mufti y nuestro Santo Padre el papa, los cuales se pondrán fácilmente de acuerdo mediante las exhortaciones de algunos jesuitas portugueses... Nuestros plenipotenciarios prevendrán á todos los soberanos que no tengan disputa alguna, so pena de un folleto de Juan Jacobo por la primera vez y de ser desterrados del universo á la segunda.",

(1) *Correspondencia con Federico*, 1742, número 187.—*Correspondencia general*, 1768, núm. 3285.

(2) «Trastornar toda Europa para introducir en ella una paz perpetua, cambiar todas las dominaciones para hacerlas iguales, sustituir un interés general á los intereses de cada país, tener una ciudad común, un ejército común, una hacienda común! Semejante novela no era buena más que para la comedia del *Potier d'étain* ó de *Sir Politick*. Puede ser que Enrique IV y el duque de Sully se hubiesen entretenido alguna vez en forjarse esta novela, pero lo que aparece ser fa so es que hayan tomado en serio semejante idea.» *Fragmento sobre la historia*, artículo 17.